

# La bancarrota del hispanismo en Filipinas

Por ARSENIO N. LUZ



ARECE ser que los españoles y los hispanistas de Filipinas abrigan la creencia de que la obra de España en estas islas está tan profundamete arraigada que por mucho que se la socave y por notorios que fuesen la apatía y el olvido de los que están llamados a restaurar las ruinas que van ocasionando en su fábrica el tiempo y la hostilidad ambiente, esa obra perdurará incólume y hasta lozana en el curso de las edades.

Fiados en superficiales y engañosas apariencias, los defensores de la cultura hispana en nuestro país juzgan que su deber se reduce tan sólo a celebrar una vez al año, más o menos airosamente, el llamado Día Español, fiesta que consideran consagratoria de la vieja cultura española y a la que atribuyen la virtud de revivir entusiasmos decaídos y de reanimar espíritus de ordinario pesimistas y decrépitos.

La realidad nos muestra, empero, que la fortaleza espiritual que aquí ha levantado España se está cayendo a pedazos, y que los contados reductos que quedan—pálido testimonio de la obra realizada—están amenazados de inminente y completa ruina.

Vencidos y desplazados en todas partes, los hispanistas muestránse resignados con su suerte. Díjérase que les falta hasta el instinto de conservación, pues nada hacen por defender el patrimonio mas preciado de su cultura, el idioma castellano, poderoso instrumento de conservación y de defensa, eslabón histórico que nos une sentimental y moralmente al pasado. Viéndoles inactivos y abatidos, los hispanistas parece que han perdido por completo la fe en su causa y que están resignados a la fatalidad de una inevitable derrota.

Es preciso, por tanto, hablar con toda claridad, sin tapujos ni paliativos de ningún género.

La literatura periodística castellana, naturalmente deficiente y transitoria, apenas si consigue mantener los ya medrados prestigios del idioma castellano en estas islas. Ni por su calidad, ni por su difusión, cabe esperar algo grande y permanente del periodismo castellano en estas islas, pues su campo de acción se está estrechando visiblemente ante el alud incontenido de la literatura y del periodismo ingleses y vernaculares.

Y si de la arena militante del periodismo pasamos a la esfera más sosegada de la cátedra, también advertimos signos ominosos de decadencia, acaso aun más pronunciados y depresivos. Pase que en las escuelas públicas y en los altos centros docentes oficiales se vea relegado el castellano a último término, pero ¿qué razón válida, podría haber que justifique la proscripción del castellano de colegios y universidades de muy antiguo abolengo y prestigio castellano? Nos duele soltar públicamente el concepto, pero creemos que semejante conducta es, sencillamente, una claudicación, posiblemente algo peor aún; una verdadera desertión de los elementos más llamados a luchar por la permanencia del castellano en estas islas y defender valientemente los altos furros de la cultura hispana en estas latitudes.

Sin embargo, trátase de un fenómeno que es fácilmente explicable. Viviendo como vivimos en una época esencialmente oportunista y acomodaticia, el inglés, que tiene en el presente momento más subido valor comercial, tiene que ser necesariamente preferido por conveniencia e interés personales. Pero si aquí hubiese, por lo menos, una conciencia colectiva vigilante y dinámica, presta a defender el valor cultural y moral del castellano, habría un movimiento coordinado que sostenga la lucha en favor de este idioma como instrumento enté actual que no puede ni debe plejarse enteramente a conveniencias materialistas e imposiciones de carácter utilitario. Pero por

desgracia ni los españoles ni los filipinos hispanistas parecen darse cuenta de que es preciso que se organicen para defender la causa común gravemente amenazada. Es posible que se den cuenta de ello; pero su pasividad y su abulia son tan grandes que ni siquiera intentan una aproximación para entenderse y concertar una acción común. Entregados de lleno a sus propios problemas y dominados por el egoísmo, unos y otros están supeditados a la dolorosa realidad y en vez de acercarse se va ahondando cada vez más el abismo que les separa.

Esta suicida actitud es tanto más punible cuanto que no se trata de un problema insoluble, de una causa irremisiblemente perdida. Por el contrario, si hubiese firme voluntad de afrontar la situación, acaso se ofreciese un medio relativamente fácil de resolverla. Por de pronto, debemos oponer un plan efectivo que ataje la práctica dominación del inglés. Y ya que la táctica ofensiva del adversario se basa principalmente en el valor comercial de su idioma, es preciso que apuntalemos con algo tangible y utilitario el lazo romántico y cultural que une a España y a Filipinas. El día en que los españoles de Filipinas y los españoles de España se den cuenta de que el idioma común no sólo debe ser lazo de inteligencia y de simpatía, sino también medio efectivo de cimentar intereses materiales y de promover el intercambio de beneficios mutuos y acomoden sus planes y subordinen sus esfuerzos a esta realidad, ese día el castellano cobrará un empuje hasta ahora no conocido en nuestro país y tendrá un valor que hoy no lo tiene.

¿Podríamos esperar que esto se realice en plazo no muy remoto? ¿Hay, por ventura, signos premonitores de tan plausible suceso?

Desgraciadamente, las incoordinadas y modestas iniciativas tendentes a defender el castellano en estas islas que hasta ahora se han lanzado públicamente, delatan falta de entusiasmo y fe en tal empresa. Ese mirlo blanco del hispanismo que se llama Asociación Hispano-Filipina, que ha pretendido cobijarse bajo la égida de españoles e hispanistas, no sólo no ha recibido hasta ahora ningún apoyo ni estímulo que valgan la pena, sino que en el curso de su corta y poco lozana existencia tiene que luchar a brazo partido no

contra algún adversario, sino contra la letal indiferencia de los mismos que están llamados en primer término a patrocinarla. Los españoles de Filipinas prefieren encerrarse en su torre de marfil y miran sin interés alguno y aún al parecer con cierto desvío, los débiles esfuerzos que un reducido grupo de filipinos están desplegando por perpetuar el idioma castellano en estas islas y con él el cariño, la gratitud y el vínculo cultural con España.

En cuanto a los filipinos que tienen la buena suerte de poseer el castellano, su indiferencia es tan punible y tan injustificada como la de los mismos españoles. Porque con el castellano está vinculado el interés personal de poder utilizar un efectivo instrumento de cultura y, por tanto, de progreso, y el interés patriótico de perpetuar un idioma que tiene carta de naturaleza en nuestro país, que al ponernos en comunicación directa con el gran mundo de habla española nos proporciona un arma poderosa para la defensa de nuestros intereses e ideales y hace que podamos expresar nuestros sentimientos y nuestras ideas, sin trabas ni imposiciones, en un idioma de reconocida prestancia universal.

Pero por fortuna, no todo está perdido para la causa del hispanismo en Filipinas. Quedan aún algunos reductos en los que se mantiene vivo el culto al hermoso idioma de Castilla; el augustó recinto de nuestras dos Cámaras legislativas y la mayoría de nuestros tribunales de justicia. Además, en el santuario de muchos hogares filipinos se rinde amorosa pleitesia al robusto y expansivo verbo castellano.

Es obligación ineludible de todos los hispanistas—españoles, filipinos y aun extranjeros—defender con redoblado empeño estos últimos reductos y convertirlos en centros de laborantismo y de organización para desde allí iniciar la reconquista de territorio perdido. Esta es una cruzada cultural que merece el decidido apoyo de todos los hombres de buena voluntad, incluyendo a los mismos americanos, pues el culto al castellano y a la cultura de que es medio de expresión, no riñe con el culto al inglés y a la cultura anglo-sajona, antes bien, ambos idiomas y ambas culturas armonizan y se completan en la gran obra de occidentalización de estas islas.